

bía que atravesar el puente de Sant-Angelo, á lo que nadie se aventuraria impunemente á semejante hora. Acostumbrado á no tomar nada en la tarde, hacia veinticuatro horas que estaba en ayunas, y sin embargo marchaba tranquilo, como si nada tuviese que ver en aquel hecho escandaloso. No pensaba en sí mismo, como confesó más tarde, sino en los oprobios que soporó Jesús, cuando en igual día, viernes, le llevaban como criminal ante los tribunales, vendido y entregado por uno de sus discípulos. ¿Diremos más? confesó más tarde que fué aquel uno de los más hermosos días de su vida. Un sacerdote eminente, Carlos Sinibaldy, que presenció aquel espectáculo extraordinario, declaró lo siguiente en el proceso: «En aquellas circunstancias no se turbó el siervo de Dios: su semblante aparecía lleno de serenidad. Yo le seguía de cerca experimentando ansiedad grandísima con respecto al resultado de aquel asunto. Le dirigí algunas palabras de afecto para confortarle, y él las desvió con la sonrisa más bondadosa». Véase otra declaración idéntica: «Marchaba el siervo de Dios, sin turbarse, á mediodía, en lo más fuerte del calor, por la larga calle de Bianchi, con la cabeza descubierta, y el semblante alegre y sereno. Algo de angelical se reflejaba en su rostro.

Llegados al Santo Oficio, los dejaron en la sala del Asesor que se fué á comer, y después á tomar la siesta, según costumbre. Quedando solos, se sentó José, y se quedó profundamente dormido. Un caballero que pasó por la sala dijo á uno de los que le seguían. «¿Quién es ese venerable anciano que duerme tan tranquilamente? Veo su semblante rodeado de luz, y resplandeciente como el sol.—Y al contestarle, repitió:—Según lo que veo, es un Santo.» Un empleado del Santo Oficio tuvo también la felicidad de ver el resplandor de su rostro. Con aquella luz celestial quería mostrar el Señor cuánto aumentaban las tribulaciones la virtud de su siervo.

Sabiendo el Cardenal Spinola que estaban en ayunas los prisioneros, les hizo servir la comida, y después durmieron, pues en Roma no hay acontecimiento que pueda dispensar de la siesta. Apareció, en fin, el Asesor, y sin más interrogatorio dirigió las censuras más violentas al P. General y á sus Asistentes por las indignas persecuciones que hacían sufrir á tan excelente sujeto, como era el P. Mario, culpable á sus ojos por las consideraciones que tenía con él el Santo Oficio que, reconocido, lo protegía y protegería siempre. Exageró después el enorme delito cometido el día anterior sacándole con violencia todos los legajos secretos del Santo Oficio que tenía Mario en su poder. Como se ve, seguía siempre en sus trece Mgr. Albizi; lo que prueba la rectitud de su conducta; pero no puede excusarse su ligereza, su precipitación, aun podríamos añadir, su crueldad. Terminó, en fin, firme siempre en sus juicios. «No saldréis de aquí, les dijo, mientras no devolváis los papeles que habéis tomado.» Tal era el cuerpo de aquel famoso delito, y la causa de tamaño ul-



M. BORDAS.

TYP. J. CLAYE.

Se aparece la Virgen con los Religiosos muertos á S. José de Calasanz en su última enfermedad, á los 92 años.

traje. Podía haberlo dicho en San Pantaleón, y hubiera evitado así tan grande injusticia y escándalo tan enorme.

Se había puesto de rodillas José para recibir aquella represión tan dura como injusta; respondió simplemente que el Cardenal Cesarini, miembro del Santo Oficio, había sido el que había tomado los papeles del P. Mario, que ellos habían sido completamente extraños á aquel hecho. Fué aquello un rayo para Albizi: el Cardenal era su Superior jerárquico, y él, simple ejecutor de las órdenes de los Cardenales de la Inquisición, había dado un paso en falso. Sin embargo no quiso soltar la presa, y respondió al punto, interrumpiendo á José, que si había obrado de aquella manera el Cardenal, había sido para librarse de sus molestas pretensiones. «No, dijo el General, no tengo parte alguna en ese hecho, ni he procurado la ejecución, ni me he hallado presente: me habían dado aviso, sí, y he hecho cuanto estaba de mi parte para impedirlo. Mis compañeros lo ignoran en absoluto, y algunos de ellos ni estaban en casa en aquel momento.» En cuanto á los papeles no podía devolverlos, porque los había llevado directamente el Auditor á casa del Cardenal.

La sencillez de aquella respuesta, la claridad, el tono de la voz pusieron al Asesor en el mayor apuro. No habían pasado las cosas como le había escrito Mario: había obrado mal dando cuenta de ello al Papa sin más examen, obteniendo la exagerada orden de llevar preso á José con todo su Gobierno. Suavizó su tono, y suplicó al General que mandase dos Religiosos á casa del Cardenal para tener la confirmación de su narración. Escogió el Santo á los Padres Constantino y Bandoni, y el Asesor les entregó un billete que decía así: «Hace algunas horas que el General y los Asistentes de las Escuelas Pías han sido conducidos al Santo Oficio por una falsa acusación del P. Mario, que les culpa de que importunos os han arrancado la orden de tomar todos sus papeles. Como el testimonio de Vuestra Eminencia ha de poner al tribunal en el camino de la verdad, le suplicamos quiera declararlo con toda sinceridad».

Los dos enviados de José añadieron á lo dicho en aquel billete todo lo referente á la escandalosa prisión del General y de sus Asistentes. El Cardenal estaba afligido, porque se había opuesto á las instancias del Santo, y aunque inocente, era la causa de tan enojoso acontecimiento. De su propio puño escribió inmediatamente en el mismo billete del Asesor: «Los que han sido arrestados no han dado paso alguno por sí mismos, ni por mediación de otros para obtener de mí la substracción de los papeles de que se trata.» La justificación era completa, sin reticencias, sin rodeos, demasiado completa quizá, porque es siempre enojoso poner en berlina á los Superiores, y después de todo, no había obrado el Asesor sino después de recibir las órdenes del Cardenal sobrino, y del mismo Soberano Pontífice. Quiso Cesarini que fuera lo más completa posible la reparación: aquella

nueva manifestación podía ser más antipolítica aún que la primera á causa de sus consecuencias, porque jamás conviene humillar á los Superiores mayores: lo exige así el bien general. Por su orden hizo preparar el Conde Corona una de sus más hermosas carrozas: él mismo se dirigió al Santo Oficio escoltado por gran número de lacayos, con la librea del Cardenal, llevando consigo los papeles del P. Mario. Debía justificar allí plenamente al General y á sus Ministros, y conducirlos con toda pompa á San Pantaleón. El Conde ejecutó lo ordenado, conversó largo rato con el Asesor, probó hasta la evidencia la inocencia de los acusados; pero no habiendo oído hablar nunca del destierro de Florencia del P. Mario, no pudo probar que fueran en aquello inocentes, como tampoco en la negativa de los Religiosos de aquella Provincia á recibir su visita. Entonces los puso en libertad Mgr. Albizi, pues no habían sido arrestados sino por la subtracción de los legajos; pero por la conducta que observaban con el P. Mario, según él, en odio al Santo Oficio, los condenaba á quedar arrestados quince días en San Pantaleón.

Hacia la seis de la tarde, ejecutando el Conde Corona las órdenes del Cardenal, hizo subir á la carroza al General y á sus ministros, y precedido, rodeado y seguido de lacayos, los condujo á San Pantaleón por las mismas calles que habían recorrido en la mañana. Pedía por favor José que pasaran por las calles menos concurridas, que á lo menos bajasen las cortinas del carruaje, pero no quiso condescender el Conde pretextando órdenes formales, ¡Cosa admirable! tan satisfecho José ante la afrenta de la mañana, sufría cruelmente con el triunfo de la tarde. Un testigo lo ha declarado así, el Hermano Coadjutor Ferrari: «El P. General recibió aquella mortificación con tal alegría, que muchas veces le oí decir que le hizo Dios grandísimo beneficio, dándole ocasión de expiar sus pecados en este mundo. Sin cesar pedía á Dios por los que habían movido aquella persecución. Puedo afirmar cuanto declaro, porque lo presencié muchas veces; y perseveró en aquella voluntad, rogando á Dios por sus perseguidores hasta su misma muerte á la cual estuve presente.»

Cuando entró San José en San Pantaleón, recomendó expresamente á sus compañeros de cautiverio que no se quejasen de nadie; que no manifestasen el más ligero resentimiento; que, por el contrario, dieran gracias á Dios por tan singular beneficio; y que rogasen por sus enemigos. Cuanto había de más distinguido en Roma, acudió á San Pantaleón á manifestarle sus sentimientos por tan cruel afrenta, conocida con tanta celeridad de un extremo á otro de la población, que aparecía universalmente difamado. Nadie pudo oír de sus labios una palabra de amargura. Un caballero inglés, Tomás Coccheti, convertido al catolicismo con dos hijos suyos, y arruinado por el famoso *Estatuto de sangre*, declara así en el proceso de sus virtudes. «A su vuelta, fui pronto á visitarle y consolarle; respondiome

»sonriendo: Hay que tener paciencia en las tribulaciones, y recibirlo todo de Dios. Después me consoló él mismo en sus desgracias, me persuadió á tener paciencia, y me dijo que en lo porvenir no sufriría yo solo.» Otro testigo se expresa de este modo: «Fui á ver al siervo de Dios, gozándome con él por haber escapado del terrible Tribunal de la Inquisición, y diciéndole cuánto había sufrido yo con aquella humillación pública, me contestó con la misma tranquilidad de alma y con la misma sonrisa. Lo que llamáis vergüenza ha sido un triunfo para mí.» En fin, entre gran número de declaraciones parecidas, señalaremos la del P. Arminci, simple Clérigo Profeso entonces, y más tarde sucesor de José en el Generalato de las Escuelas Pías. «Uno de nuestros Religiosos, el P. Jerónimo, fué la misma tarde al cuarto del siervo de Dios para consolarle, y lo halló enteramente tranquilo. Le dijo que durante todo el trayecto había meditado en la vía dolorosa seguida por nuestro Señor el día de su pasión; que de ningún modo se quejaba ni del Padre Mario ni de otro alguno; que le había enviado el Señor aquella grande humillación á causa de sus pecados.»

Digno de censura era el Asesor por su precipitación y por su crueldad para con un anciano de ochenta y seis años, agobiado de enfermedades, y que, como General, ocupaba en la Iglesia tan elevado puesto. Aquella prueba podía causar su muerte en aquella edad: el castigo había precedido á toda investigación, á toda información; no habiendo más testimonio que el del P. Mario, cualquiera que fuera su crédito, aquel testimonio no era suficiente según la máxima del Derecho *Testis unus, testis nullus*. Y véase como se vengó San José. «Mgr., decía, se ha ganado un amigo cerca de Dios.» Y lo cumplió, pues jamás salió de su boca una palabra de recriminación; no la abrió sino para rogar por él.

Y lo que hacía el Santo, lo enseñaba también á sus inferiores. Oigamos lo que escribía al P. Barreti, Superior de Toscana, el 13 de diciembre de 1642, algunos meses después de aquel suceso. «Sólo en la tempestad se conoce el verdadero piloto. »Por eso en las presentes circunstancias, debe conducirse V. R. »de manera que venza á sus adversarios con buenas palabras, »y mejor aún con buenas obras. Sobre todo, encomiéndose con frecuencia á sí mismo, y encomiende también su casa al Señor, »y no sólo de día, sino también en la soledad de la noche, sin que lo vean los demás, porque los tiempos son malos, *quoniam dies mali sunt*, Dios quiere que le pidamos con frecuencia, que hasta le importunemos, para mostrarle el vehementísimo deseo »con que recorrimos á su divina Majestad.»

Y lo que predicaba á los otros lo hacía también el mismo; que no habían concluido sus penas. Había podido escapar de las garras de la Inquisición, se había demostrado que no había substraído los papeles del Santo Oficio, pero quedaban en pie las otras acusaciones: perseguía á Mario por pura envidia, á

causa de los servicios que había prestado en Florencia al Santo Oficio. En los quince días de arresto impuestos al bienaventurado Padre, no perdió el tiempo aquel infame intrigante. Siguiendo los consejos de aquel triste P. Cherubini tan ingrato para con su benigno bienhechor, vió uno por uno á todos los miembros del Santo Oficio, ganándolos con sus atroces calumnias. Cierta que nada consiguió del Cardenal Cesarini, pero como estaba solo contra todos, no tomó á su cargo la defensa de su protegido, y si la tomó, su voz se perdió en el vacío. Habiéndose reunido la Sagrada Congregación el 14 de agosto, bajo la presidencia del mismo Papa, decidió hacer saber al P. General que el P. Mario Sozzi, Provincial de Toscana, no dependía ya de su autoridad, y que estaba bajo la protección y jurisdicción del Santo Oficio. Además, en nombre de la Santa Obediencia, debían José y sus Asistentes obrar de manera que Mario fuera reconocido y considerado como Provincial de Toscana, bajo pena de incurrir en la indignación del Papa y de la Sagrada Congregación del Santo Oficio. En fin, se le prohibía fundar ningún nuevo Colegio, cualquiera que fuese el lugar, sin la competente autorización de la Sagrada Congregación, mediante lo cual se les concedía el permiso de salir de su arresto forzado.

Recibió José aquellos Decretos con tanto respeto como satisfacción, sobre todo el que le prohibía toda nueva fundación. Se cortaban de raíz todas las peticiones que le hacían de todas partes. En cuanto á Mario, había triunfado en toda la línea, y para que tuviera más resonancia su triunfo, hizo fijar aquel Decreto en todos los lugares. ¡Desgraciado! tenía que hacer mucho mal todavía, antes que el juez infalible le hiciera sentir todo el peso de su venganza con el fin de un condenado.



CAPÍTULO XXI

LA DEPOSICIÓN

1643

LEA el lector con gran espíritu de fe los últimos actos de la tan dolorosa vida de nuestro Santo. ¿Por qué escandalizarse? Entre los actores encontramos engañadores y engañados: á los primeros reserva Dios una terrible venganza: á los segundos iluminará él mismo más tarde para que puedan reconocer su yerro, y los veremos por fin convencidos retractarse en el proceso de la Beatificación de Calasanz. Dejése engañar el Papa por impostores, pero el Papa mismo dará testimonio de los primeros milagros del justo perseguido. Todos los Prelados, aún los más contrarios, no titubearán en reconocer su error. Admirable santidad de la Iglesia, que en todos los tiempos da pruebas de su privilegio de infalibilidad. Podía no conocer á José, porque Dios le reservaba aquellas pruebas pasajeras para hacer de él el más acabado modelo de heroica paciencia en medio de todas las adversidades: pero sabe reconocer y reparar sus injusticias involuntarias de la manera más brillante y ruidosa, porque nada hay superior á los honores de la canonización. ¡Qué pequeña es la justicia humana al lado de esta justicia divina! También ella se engaña, y no puede volver sobre sus errores jurídicos: la muerte eterniza sus sentencias más injustas, y la muerte es el principio de la recompensa de los elegidos, tanto más felices, cuanto han sufrido más.

Una palabra sobre todos y cada uno de los adversarios de José dará más luz á los hechos. Nada diremos de Mario, ni del Visitador Cherubini, ángeles malos de estos últimos episodios. Se ha reservado Dios su castigo. Inocencio X ha dejado en la historia los mejores recuerdos; murió como un santo y como gran Pontífice. Estaba lleno de celo y actividad, adornado de sabiduría, de discernimiento y de gran elevación de espíritu. Añade la historia que no tomaba resolución alguna sin haberla meditado maduramente, siendo después inquebrantable, como probará bien esta historia. Todos los historiadores están conformes en que concedió demasiado dominio sobre sí, y no pequeña